XLIII.

Mientras que Ciceron se proponia estas cuestiones, cuya solucion secreta se vé bastante claramente en su alma por el arte con que inclina el ánimo de su amigo á resolverlas en el sentido de la neutralidad, César y sus amigos de Roma le suplicaban que permaneciese neutral, y él se escusaba cerca de Pompeyo de no haberla aun alcanzado sobre la imposibilidad de atravesar una parte de la Italia, inundada ya con las tropas de César. En fin, Pompeyo, habiendo llamado y reunido en Brindes todas sus legiones y todos los republicanos austeros, tales como Casio, Bruto, Labieno, Caton, hizo frente á la aproximacion de César por la costa de Epiro, llevando consigo á todo el que en Roma era digno del nombre romano. Ciceron se encontró por este hecho, que tanto habia reprobado y que tanto repugnaba imitar, aliviado por el éxito del peso de sus incertidumbres.

La Italia entera, sin dilacion, despues de

la partida de Pompeyo, se precipitó á los piés del vencedor. Roma no se respetaba á sí misma y no era digna mas que de un señor. Esta abyeccion de su patria exaltó el alma de Ciceron por la indignacion y por la afrenta. La victoria de César, en vez de acercarle, le aleja. El éxito, que es la razon del vulgo, es el escándalo de las almas grandes. El se encerró en Arpino, morada de sus padres, como para buscar allí los recuerdos y los consejos de la virtud antigua, y para llevar en la soledad el duelo de su pais.

«Hasta el presente, escribe á sus amigos, he estado triste y perplejo. La fluctuacion y la incertidumbre de las cosas exaltan mi alma y la impiden sentir la caida de mi patria; pero desde que Pompeyo, los cónsules, la misma república han dejado la Italia, no es el dolor, es el suplicio lo que parte mi alma. Me parece que he perdido no solamente la patria, sino el honor. Ah! ¿por qué no estoy con Pompeyo y con todos los buenos ciudadanos de mi partido, ya que todos ellos, en consideracion á que yo repugnaba partir, mis amigos, mis parientes, mi mu-

jer, mis hijos, mi propia hija, juzgaban que mi puesto estaba entre los últimos defensores de la libertad de Roma?... He sido engañado por dos pensamientos honrados, pero ciegos: primeramente, por la esperanza obstinada de negociar la paz entre estos dos hombres; en segundo lugar, por el horror de suscitar la guerra civil entre ciudadanos... Ahora veo que valia mil veces mas morir que vivir con los opresores de mi pais.»

Sin embargo, César le pidió una entrevista, y le escribió para darle cita en Roma, á donde él le suplicaba que acudiera en nombre de la salud pública.

Seguiré vuestros consejos, escribia á Ciceron; me reconciliaré con Pompeyo. Soy por naturaleza inclinado á la dulzura y á la paz. Tratemos de reconquistar todos los corazones para ganar largo tiempo de mi victoria. Todos los que me han precedido no han podido evitar el ódio público que se pega á la crueldad, escepto Sila, á quienes los dioses me libren de imitar. Seguiré otras máximas, y aseguraré la duracion de mi triunfo por el perdon y la magnanimidad!»

No contento de estos agasajos, César, viendo que Ciceron rehusaba volver á Roma, va á verle al regresar de Brindes, en su casa de Formias. La entrevista era formidable para Ciceron, que tenia que defender su virtud; para César, que tenia que paliar su atentado.

«Quisiera tener mañana á mis lados, escribió Ciceron la víspera de la visita de César, aquella *sabiduría* de Homero, disfrazada bajo la figura de un amigo, para que me inspirase lo que habia de decir! Pero estoy en las tinieblas, me parece que no hay sol en el mundo!»

En fin, llegó César, rodeado de ese tropel de guerreros sin escrúpulo y de hombres de desórden sin patria que únicamente tienen refugio en la tiranía ó en la licencia.

Qué cortejo, grandes dioses! escribió Ciceron al dia siguiente con toda la emocion de su escándalo; qué *turba*! Cómo teneis costumbre de llamar á ese cerco de César. Veíase allí hasta Eros, ese liberto de Celer! Oh vergonzosa pérdida de la república! Oh tropas desesperadas y capaces de toda infamia! ¿Qué hacian, oh cielos! entre tales gen-

tes un hijo de Servio y de Licinio? Pero era mucho peor en su campo enfrente de Brindes. Seis legiones estaban con él!»

César, en esta entrevista, fué lo que él sabia ser cuando, en vez de abandonarse á su ambicion, se entregaba á su carácter; el mas amable y el mas seductor de los romanos. Habiendo tomado en su larga residencia en las Galias alguna cosa de la gracia, del abandono y de la ligereza de los Galos, tratando familiarmente las cosas graves, jugando con su fortuna como con una de sus cortesanas, y perdiendo ó ganando el universo como un puñado de sestercios al juego en su tienda; amando la virtud y el talento como dos voluptuosidades del alma, que su naturaleza, originalmente honrada y elegante, le hacia buscar, se acomodaba tambien á las bajezas y á los vicios de su época, por los cuales triunfó de su patria y que triunfaron con él. Abochornado sin duda delante de Ciceron de su cerco, no perdonó ninguna de sus seducciones para arrastrarlo á su partido, ó al menos para retenerle en Italia. Ciceron se esforzó en vano, dice él en su carta en que dá

cuenta de esta entrevista, por demostrar á César que el honor, el deber y la fidelidad á la amistad le obligaban á retirarse con sus amigos del otro lado del mar.

«No obtuve nada, dice; se obstinó en representarme que mi retirada seria su condenacion y serviria de ejemplo y de autoridad á los demás para separarse de él.»

¿No vale mejor para vos, para mí, para Pompeyo, para la patria misma, le dice César, que me sigais á Roma para negociar allí la reconciliacion y la paz entre nosotros?

—¿Seré, pues, libre en Roma, respondió Ciceron, para arreglar las condiciones?

—¡Y qué! replicó César, ¿pensais que pretendo dictar sus palabras á un hombre como vos?

Pues bien, prosigue Ciceron con entereza sonriéndose, yo iré; pero será para persuadir contra vos al Senado, que os rehuse las tropas que quereis conducir á España y á Epiro contra el partido de Pompeyo.

—Guardaos de eso, esclama César; no sé que se dén tales consejos en Roma.

—Lo sé de antemano, dice Ciceron, y véase por qué no os seguiré á Roma, ó para decir cosas contra mi deber, ó para oirlas sin poder libremente contestarlas.»

«En fin, añade Ciceron, despues de la reseña de esta larga conferencia, mezclada de familiaridad, de chanzas y de insinuaciones siniestras, César se retiró descontento. Esta prueba no me ha hecho ser amado de él, pero ha hecho me estime mas á mí mismo. En el momento de subir á su litera para ir á Roma, ha cambiado de tono: ¡Ah, bien, me dijo con una intencion casi amenazadora, puesto que no quereis ayudarme con vuestros consejos, me veo obligado á seguir los de otro, y no me detendré ante nada.»

La dictadura, la guerra civil, el encarnizamiento de ciudadanos por ciudadanos, la muerte de Pompeyo, el suicidio de Caton, la muerte de Ciceron, su propio asesinato en el Senado, estaban en esa palabra. Ciceron lo comprende y queda inflexible, prefiriendo sufrir las consecuencias de la tiranía que asociarse al tirano.

«¿Habeis, pues, visto al HOMBRE, y habeis

temblado por la patria? me escribísteis hace algunos dias, decia él á Atico al fin de la reseña.

—Sí, lo he visto y he gemido por la suerte de mi pais!...

—Y despues, ¿qué es lo que ha pasado?

—Y bien, despues, él se fué á Roma, y yo he regresado á Arpino, donde esperé las golondrinas...»

Es decir, la estacion en que la mar le permitia embarcarse para ir á reunirse con Pompeyo y su partido, que se arrepentia ya de no haber seguido tan pronto.

XLIV.

César entró en Roma sin Ciceron, y siguió en efecto los consejos de la violencia y de la tiranía, en vez de los de la sabiduría y de la paz. Cerró las puertas de los templos, donde la religion y la ley guardaban el tesoro público, acumulado por espacio de tantos siglos, y confiado á los dioses para los apuros de la República; hizo golpear por sus sicarios al tribuno animoso que le

disputaba la entrada, y distribuyó entre sus cómplices y soldados la riqueza destinada á las necesidades de la patria; violó todas las leyes, absorbió todos los poderes, se apoderó de todos los ejércitos, y marchó sin detenerse á España, gobierno de Pompeyo, para combatir allí ó atraerse las legiones de la República. Dejó un momento á Roma é Italia á Antonio y á Curion, sus lugartenientes los mas depravados y sus satélites los mas audaces, quienes por instigacion de César continuaron probando la virtud de Ciceron por las caricias primero, despues por las amenazas.

«Podeis contar, escribió Ciceron á su amigo despues de haberlos visto, que no hay en Italia un hombre descreido que no esté con César. ¡Partamos, pues, en busca de Pompeyo! No espero nada para la República, que creo abolida hasta en sus fundamentos; pero parto para no ver lo que se hace á mis ojos, y lo que será mas siniestro aun. César ha llegado al esceso de tomar como glorioso el nombre de tirano, que en otro tiempo le abochornaba; y Pompeyo, ligado ayer con él, prepara por mar y

tierra una guerra justa, es verdad, y necesaria, pero ruinosa si es vencido, y funesta aun á los ciudadanos si es vencedor. ¡Qué hombres, el uno ha desertado y el otro oprime á su patria! ¿Estoy, pues, á pesar de mis infortunios y reveses, por debajo de la gloria y la fortuna de esos pretendidos grandes hombres? No, ninguno tan grande como el que es honrado. Yo no abdico mi filosofía. Yo he procedido, en vista de los dioses, en todo cuanto he hecho por la República, y he previsto, hace catorce años, esta tempestad en que perece la Italia. Yo partiré con este testimonio de mi conciencia.

Pregunté ayer á Curion—lugarteniente de César—, que vino á Arpino para seducirme ó para intimidarme, qué pensaba de la República, y si quedaria por lo menos de ella alguna imágen. «Ninguna, me respondió, y no espereis nada..» Esto es hecho, conviene que César se pierda ó por sus enemigos, ó por él mismo, porque él es su peor enemigo. Espero vivir bastante para verlo. En cuanto á mí, es tiempo de pensar en la inmortalidad,

y no en esta vida corta y perecedera.»

XLV.

César, informado en España de la resolucion de huir, manifestada mas y mas por Ciceron, no desdeñó en escribirle:

«Todo me sale bien, y todo es en ruina de mis enemigos. Ceded á la fortuna: vuestra partida hoy tendria la significacion de acusarme de esceso que no he cometido. ¿Cuánto mas conveniente no es á un bueno y virtuoso ciudadano, que desentenderse de las contiendas civiles?»

Tulia, su hija, híncase en vano para rogarle esta vez no se arroje en la causa perdida. Antonio, que le vigilaba y rondaba en derredor de su retiro con sus bandas de lictores, gladiadores, comediantes y cortesanos, le cerró en vano la mar: llega á pasar desapercibido en una casa de campo que poseia á las puertas de Pompeya, en el golfo de Nápoles.

«Vé ahí, escribió á su hija hablando de

las emboscadas y desórdenes de Antonio, por qué mano nos conviene perecer! como si tuviese el presentimiento de la mano por la cual pereceria un dia. No, si soy bastante desgraciado para no encontrar una nave que consienta en encargarse de mí, yo me echaré antes en el primer barco para alejarme de estos parricidas!»

A la noche siguiente se ocultó á las cohortes de Antonio, que vigilaban ya su casa, y se embarcó en un ligero buque que hacia vela para el Epiro, no esperando nada del porvenir; pero no pudiendo soportar el presente, y precipitándose, como dijo él mismo al dejar la ribera, con los ojos abiertos y deliberadamente en su ruina.

XLVI.

Llevaba consigo á su hijo y á su hermano, ambos dignos de él por su fidelidad en sus desgracias, por su patriotismo y su valor. Aunque pobre, donaba á Pompeyo una suma considerable ahorrada de sus bienes, en tributo voluntario á la causa de la justicia,

de la libertad y de la patria. El ejército y los ciudadanos le recibieron como una garantía de su buen derecho y de su fortuna, gloriándose de tener en adelante con ellos la gloria de Roma. Solo Caton, que se creia una virtud muy rígida para tener el derecho de plegarse á las circunstancias y á las transacciones, pero que no exigia esa rigidez de los otros, le reconvino amigablemente del partido irreconciliable que tomaba frente por frente de César.

«Quizá, le dijo en confianza, hubiérais sido mas útil á Roma guardando la neutralidad que os pedia César, y reservándoos para servir en otra ocasion al partido de la República, en vez de venir á participar aquí de inútiles peligros.»

Pompeyo le acarició y le olvidó como á un hombre que no se habia declarado á la primera hora, que habia condenado la retirada á Epiro, que habia conferenciado con César, que aconsejaba la paz en la guerra, y que era demasiado grande en la República para ser inferior en su campo. Ciceron se relegó á sí propio á Dirraquio con Caton,

disgustado por las detenciones y las frialdades de Pompeyo.

XLVII.

Poco tiempo despues de su arribo á Epiro, César, habiendo triunfado en España y atravesado rápidamente la Italia, atrayendo á sí todas las legiones que encontró en su camino, pasó la mar y fué á atacar al ejército de Pompeyo con fuerzas inferiores, pero con esa prontitud que es el génio del éxito en las revoluciones. Los dos ejércitos se encontraron en la llanura de Farsalia, hoya de la Tesalia. Las armas eran iguales por el valor; los jefes iguales por el renombre y el génio; pero Pompeyo mandaba á ciudadanos ya quebrantados por la falta que habia cometido sacándolos de su pais, como vencidos antes de la batalla; César, á tropas aguerridas y ya victoriosas por la audacia que habia tenido en conducirlas como vencedoras, menos á la victoria que á la persecucion de sus enemigos. Las leyes, los cónsules, el Senado, los magistrados, los

Pontífices, los caballeros romanos, los patricios, la mejor parte del pueblo mismo, la República, en fin, estaban en el campo de Pompeyo; los ambiciosos, los facciosos, los sediciosos, los corruptores y los corrompidos, la juventud, el populacho y la soldadesca, los bárbaros mismos, reclutados en las Galias, estaban con César. Pero César mandaba á soldados que lo habian ganado todo dando el imperio á César; el otro, á ciudadanos que tenian poco que perder dejando sucumbir á Pompeyo. Entre una causa servida por todas las ambiciones y por todos los vicios heróicos, y una causa, por decirlo así, abstracta, defendida por las virtudes ablandadas, la victoria era poco dudosa. César fué vencedor. Farsalia fué la tumba de la libertad y de la República.

XLVIII.

Aunque Pompeyo, anciano, hubiese recompensado en Epiro todo el ardor y todo el génio militar de su juventud, y hubiera adquirido, con el mando de las últimas

fuerzas de su patria, los rudos ejercicios del caballero y del infante, la actividad, la sobriedad, las vigilias, las largas marchas á pié, el manejo del escudo y las armas, para dar ejemplo á aquella juventud afeminada de Roma; desanimado ante el combate, asistió á sus propios funerales mas bien que á una batalla, de la que él mismo era el alma y el brazo. Aceptó, á pesar suyo, cediendo á la persecucion de los senadores y de los jóvenes nobles inesperimentados de que se hallaba rodeado y dominado en esta emigracion de Roma. Queria usar la fogosidad de César, rehusándole largo tiempo el combate; querian afrontarla con su ardor y antes de haberse hecho dignos de medirse con él: fueron víctimas de su impaciencia y de su indisciplina.

Tan luego como Pompeyo, inmóvil sobre una eminencia en medio de su ejército, apercibió la polvareda que se levantaba en derredor de su caballería, rechazada por los veteranos de César, polvareda que la huida de aquella juventud levantaba de su parte, comprendió su suerte, y no intentó vencerla por una obstinacion que juzgó, al

parecer, sin esperanza. Quedó por un momento, dicen testigos oculares, semejante á un hombre arruinado; despues, sin decir una palabra á los que le rodeaban, y con la cabeza baja, tomó al paso de su caballo el camino de su campo, entró en su tienda, se hizo despojar de sus armas y de las insignias de su mando, y, vistiéndose con traje de duelo de vulgar apariencia, desapareció de su campo y tomó casi solo y á pié las sendas que conducen del fondo de la Tesalia á la ribera del mar. Abrumado de fatiga y de sed, se echó en tierra para beber en la corriente de la onda del rio que atraviesa el valle de Tempé. Llegado que fué á la ribera de la mar, una cabaña aislada de pescador le sirvió de abrigo durante la noche; á aquel que habia conquistado por espacio de cuarenta años tantas ciudades de la Grecia, del Asia, del Africa, de España, y que personificaba algunas horas antes, no solamente la República y Roma, sino el universo. No se lamentó, como hombre desigual á la grandeza de su infortunio, ni acusó á los dioses. Acèptó el juicio de la suerte, pensando, sin duda, que era muy bello sucumbir con las leyes y la libertad de Roma. Envió á César todos los de su comitiva de condicion servil que no estaban bastante comprometidos en su causa para no obtener un fácil perdon del vencedor; guardó con él los ciudadanos libres, y, embarcándose en la pequeña barca del pescador, costeó la playa, buscando con la vista algun navío en la mar para pedirle asilo á las olas.

XLIX.

En el mismo instante, el piloto de una nave que traficaba en esta costa, ocioso en medio del dia sobre la cubierta de su buque, contaba á sus marineros un sueño estraño de su noche. Aunque él no vió nunca al gran Pompeyo, creyó verlo durante su sueño, no en el espléndido y magestuoso bajo el cual se presentaba un tan augusto ciudadano, sino con los vestidos vulgares, llenos de polvo y rasgados por la indigencia. La barca de Pompeyo, doblando entonces un pequeño promontorio que le quitaba la vista del navío

á la vela, los marineros apercibieron la frágil embarcacion; lo indicaron al piloto, diciéndole que parecia tripulada por un gran número de hombres que hacian señas de peligro agitando sus manos y sus vestidos por encima de sus cabezas. El piloto, que se llamaba Pepicio, se levanta á estas palabras, mira la barca, reconoce en Pompeyo la figura que habia visto en sueño, y, golpeándose de dolor en la frente con sus dos manos, ordena á sus compañeros que bajen la chalupa al mar, y con ella se aproxima á Pompeyo, presencia su desastre, le tiende con respeto la mano para que pase á su lancha, y le hace subir con su comitiva en su buque.

L.

El piloto, enternecido por el espectáculo de una vicisitud tan grande de la suerte, y como advertido de su deber por el sueño que le habian enviado los dioses, preparó con sus propias manos el frugal alimento de sus huéspedes. Favonio, uno de los ciudadanos mas ilustres de Roma, viendo á Pompeyo desprovisto de esclavos, le desnuda él mismo para bañarse, le frota con aceite antes de comer, honrado con hacer los servicios de un esclavo al mas grande y al mas desgraciado de los romanos, y no se cree humillado con lávarle los piés y prepararle todos los dias su comida. El corazon noble todo lo ennoblece, decian los marineros testigos de esta domesticidad voluntaria, y todo ocupa á las grandes almas, aun la servidumbre de la amistad.

LI.

Pompeyo se hizo conducir á la isla de Mitileno, llamada tambien Lesbos, en el camino que conduce á Egipto. El mas penetrante de sus infortunios y el mas heróico de sus consuelos, Cornelia, estaba en esta isla.

Pompeyo, despues de la muerte de Julia, hija de César, su primera mujer, se habia casado, ya viejo, pero siempre enamorado, con la bella Cornelia, hija de Escipion,